EL XX SALON DE OTOÑO

Por RAFAEL NARBONA

ORGANIZADO por la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid, se ha celebrado brillantemente en las salas del Museo de Arte Moderno el XX Salón de Otoño.

Concurren este año a ella, no sólo los máximos prestigios de la Pintura española contemporánea, sino un plantel de artistas jóvenes, llenos de noble ambición.

Acaso la única nota deficiente del actual Salón de Otoño sea el exiguo exponente del arte escultórico, que deja bastante que desear; salvo *Amanecer*, de Amadeo Ruiz Olmos, y un busto de niña de Emilio Láiz Campos, lo demás no merece la pena. Abundan los retratos en escayola y bronce; pero la discreción es, si acaso, su mejor alabanza. En cambio, en las secciones de Pintura, Acuarela, Dibujo y Grabado, el elogio puede y debe prodigarse.

Elías Salaverría nos ofrece un admirable óleo, titulado *Claveles*, y un cuadro, maravilloso de técnica, de expresión, de realismo, de gracia y de color, con el motivo de «Caperucita roja y el lobo». Merece destacarse este lienzo por los valores que en él se aúnan, por la maestría del trazo, la naturalidad de la figura, la riqueza y exactitud del detalle y el plasticismo que denota, en una fusión de

gracia infantil, de fino colorido y pleno dominio. La gran personalidad del ilustre Salaverría se define por entero en los dos cuadros que avaloran con su presencia el presente Salón de Otoño.

José Aguiar trae a esta Exposición cinco cuadros de diversa factura: dos bodegones, excelentes por su calidad; un retrato interesante, y dos óleos, en los que la habitual dureza expresiva de este pintor casi hiere la vista. En el titulado *Verano* emplea su técnica de fondos durísimos, casi en relieve, de escasa belleza, al menos para mi sensibilidad, y en cuanto a las figuras, se observa en ellas, deliberadamente, un trazado de líneas primitivas, de contornos desdibujados o mal dibujados, junto a otras perfectamente delimitadas. En su *Desnudo*, salvo la violenta postura del modelo, Aguiar ha querido demostrarnos una técnica de contraste, es decir, entre la aspereza plástica del fondo y la suave luminosidad de la mujer que descansa plácidamente. Aquí, la elegancia de la línea y la trasparencia del color son elogiables y reafirman el prestigio de su autor.

Daniel Vázquez Díaz presenta varios lienzos, en los que nos ofrece dos modalidades distintas de su acusado estilo. En los retratos, su modo de hacer de siempre; es decir: figuras casi metalizadas, de tonos grises, cierto acartonamiento en los contornos y líneas angulosas y duras. La tendencia temperamental del notable pintor se deja ver hasta en los rostros de sus modelos, que tienen cierta rigidez pictórica, en armonía con el resto de los cuadros. En cambio, nos sorprende con dos óleos de playa de una finura, una trasparencia y una delicadeza de color maestra. En estos dos paisajes diminutos, Vázquez Díaz nos brinda lo mejor de su exquisita sensibilidad, y, también en mi concepto, puramente subjetivo, lo más estimable de su obra. Si el crítico no puede sustraerse nunca a su manera de sentir y de pensar, me parece lo más natural que exprese abiertamente su juicio, y yo no tengo inconveniente en confesar que prefiero la nitidez de esos dos óleos maravillosos a toda la labor que ha prestigiado sobradamente al ilustre pintor y retratista.

Julio Moisés presenta un estudio magistral en todos conceptos;

Eugenio Hermoso, un magnífico retrato, así como Agustín Segura, y Rafael Pellicer, cuya *Gitana vieja* es un verdadero tipo faraónico. El retrato de niña, de Hermoso, está lleno de gracia y de viva expresión, tanto en la mirada como en la sonrisa, y el del *Pescador de Ondarroa*, de Valentín Zubiaurre, de vigor y carácter.

Soria Aedo expone un cuadro que lleva por título *Máscaras de 1900*, con las características en él habituales, y Eduardo Martínez Vázquez, dos óleos —*Cueva de gitanos* y *Patio de Arcos de la Frontera*— de óptima factura. El *Clavicordio*, de Gregorio de Toledo, tiene un inefable encanto de vieja estampa.

En el XX Salón de Otoño abundan los paisajistas. El bodegón cuenta, asimismo, con numerosos cultivadores.

Entre los paisajistas son dignos de mención Bernardino de Pantorba, que da la sensación del relieve en sus cuadros; José Luis F. de Pasajes, que presenta un lienzo de suaves y claras tonalidades; Medina Bardón, Pou González, cuyo óleo *La Gala* es un acierto; Hans O. Poppelreuther, de una personalidad singular e inconfundible; Lola Gómez Gil, excelente marinista; Ceferino Olive, de una técnica casi sorollesca, cuyas acuarelas revelan un estupendo artista por la armonía del color, su finura y su bien logrado plasticismo; Núñez Losada, que en su *Paisaje* nos brinda su concepto del color y de la perspectiva felizmente; Fernández Piñar, Espinós, Planas Doria, S. Largacha, Andrada, Aróstegui, Fereal, etc.

Cultivan el bodegón, con éxito, Ricardo Macarrón, D. Huetos, que usa colores atrevidos y casi metálicos; Fernández Mejías, Casa Seca, Tinao, etc.

En la sección de Dibujo destaca uno, gracioso e infantil, de María Pidal, y merecen citarse a Lagares Pérez, López Roberts, González Gil, un acertado retrato de Josefina de Lanceyro, y otro, admirable, de L. de Pablo, que se define como un buen retratista y da a sus modelos expresión viva y graciosa.

En la sección de Grabado volvemos a encontrar al notabilísimo artista Hans O. Poppelreuther y aguafuertistas de tanto prestigio como Julio Prieto, que presenta unos grabados de vigorosa perso-

nalidad, con buena técnica del color y fino sentido poético, y Francisco Esteve Betey, cuyo aguafuerte, titulado *Oración*, es muy bonito, y está muy bien conseguido.

Sobresalen por su temperamento y buen arte Julio Tizón, Casado Hernández, Eulalia Luna, Luis Alegre, Manuel Lahoz, Méndez Peña, Eduardo de la Torre, González, Lozano, etc.

Entre los retratistas merecen elogio Moreno Márquez, Picola, María Blanca Mac Mahón, Enrique Segura, Acilu, Ferrer, Pérez Obis, García Martínez, etc., que demuestran personalidad propia, así como Tomás Bravo, por su cuadro *Vicentillo*.

En conjunto, el XX Salón de Otoño constituye un exponente de arte por la calidad y factura de las obras presentadas. Brillante, en cuanto a los maestros. Y prometedora, en lo que se refiere a los que ya apuntan como esperanza.

De los desaciertos que otros pintores nos ofrecen, unos, reincidentes al perseguir una técnica erróneo; otros, de escasas facultades artísticas, vale más no hablar, por ser factor común en todas las exposiciones, a pesar del riguroso espíritu de selección que ha presidido el presente Salón de Otoño, nuevo éxito que suma la prestigiosa Asociación de Pintores y Escultores de Madrid.